

INTRODUCCIÓN

JUAN CARLOS TORRE PUENTE Y BELÉN UROSA SANZ

Este número de la revista *Miscelánea Comillas* se publica como homenaje al profesor Pedro Morales Vallejo, SJ, por su trayectoria personal y profesional dedicada enteramente a la educación en general y a la formación del profesorado en particular. Hemos tenido el privilegio de estructurar este ejemplar con el concurso de autores ubicados a ambos lados del Atlántico, pertenecientes a tres de las universidades en las que ha empleado una gran parte de tiempo ejerciendo su docencia, la Universidad de Deusto, la Universidad Pontificia Comillas y la Universidad Rafael Landívar, así como al Liceo Javier, colegio guatemalteco con el que ha colaborado. Vaya nuestro reconocimiento más profundo a todos ellos por la aceptación inmediata de nuestra propuesta y por el empeño puesto en esta tarea en época de plena pandemia, algo que deriva sin duda de la estimación y del cariño que profesan al profesor homenajeado en este ejemplar. La gratitud se extiende de una manera especial a Hilda Caballeros de Mazariegos que, además de autora, ha contribuido de forma determinante para que pudiéramos contar con una nutrida participación guatemalteca. Finalmente, queremos mostrar nuestro agradecimiento al Consejo de Redacción de *Miscelánea Comillas*, y de modo particular a Nadia Rodríguez (directora) y a Andrea Schäpers (secretaria), por el encargo que nos hicieron de coordinar este número, por la oportunidad brindada para reflexionar sobre la educación en estas páginas y por su apoyo incondicional a lo largo de todo el proceso.

El lector encontrará en el vestíbulo de esta revista una entrevista a Pedro Morales, sus publicaciones en formato papel y electrónico y la reproducción de dos capítulos extractados de una de sus obras. En la conversación mantenida con él desarrolla su pensamiento en torno a la investigación en el aula, su concepción de la docencia y del aprendizaje, el valor de la evaluación, así como un comentario extenso sobre sus experiencias y vivencias en diversas partes del mundo, en especial las relacionadas con sus estancias durante 35 años en Guatemala. La relación de sus publicaciones permite completar la temática sobre la que ha versado su preocupación educativa: programación didáctica, valores y actitudes del docente y de los estudiantes, estadística aplicada a las ciencias sociales, relación profesor-alumno, *feedback*..., una larga lista que se complementa con sus recientes intervenciones *online*. De todo ello cabe destacar, en una primera aproximación, su permanente intención de convertir sus escritos en algo accesible y fácilmente trasladable a la práctica tanto para los profesores en ejercicio como para aquellos que

se preparan para serlo. Escribir para ser entendido, con independencia de la dificultad de los contenidos, parece haber sido un objetivo prioritario de sus textos y de sus conferencias. En tercer lugar, ofrecemos dos capítulos de su obra *Escribir para aprender, tareas para hacer en casa*, publicada por Cara Parens inicialmente en 2011 y con una 5ª edición actualizada en 2018¹. El primero de ellos se refiere a «los trabajos académicos basados en lecturas» y el segundo a «los trabajos escritos: el problema del plagio», ambos sobre dos cuestiones de una gran actualidad, sea por las circunstancias de la pandemia, sea por la disponibilidad de abundantes informaciones en internet. Pero no están seleccionados aquí por su oportunidad temporal, sino porque reflejan muy adecuadamente la intencionalidad y el estilo de expresarse de nuestro autor. En suma, la visión de las tareas académicas encargadas a los alumnos como una oportunidad para el aprendizaje.

Por otra parte, en una segunda estancia, los colaboradores en este número nos ofrecen diez aportaciones, cinco con origen en España y cinco provenientes de Guatemala, que pretenden honrar a Pedro Morales desde diferentes ópticas. Aurelio Villa se centra en el análisis de los valores y su importancia específica en la educación, sin desdeñar los valores propios de una pedagogía jesuítica. Martha Pérez plantea la cuestión de la calidad dentro de la educación superior, resaltando su valor como propósito o logro conseguible y su asociación con la transformación de las instituciones y de las personas. La formación del profesorado se resalta en los capítulos de Claudio Solís (la educación está en la base de la transformación de las sociedades y, en consecuencia, como un paso previo, la de los profesores que se preparan para serlo), de Ignacio Gonzalo (la necesaria pasión por aprender como requisito para los procesos de cambio personal e institucional) y de Hilda Caballeros (la función del modelado en la educación y en la formación de profesores). El nuevo contexto social, académico y educativo cobra relevancia en cuatro de los capítulos. Hosaldo Orozco propone un marco orientador para estructurar las relaciones entre autoridades, directivos de centros, educadores y familiares en favor de los estudiantes en este tiempo de pandemia. Isabel Muñoz analiza, en un estudio empírico, cómo el profesorado universitario ha percibido el cambio en los procesos de enseñar y aprender desde la declaración de Bolonia hasta la situación actual de COVID-19. Armando Najarro se ocupa de la importancia de otorgar un *feedback* formativo especialmente en la enseñanza semipresencial y a distancia. Y Belén Urosa pone de relieve, en otra investigación empírica con estudiantes de Educación, futuros profesores, la

¹ Agradecemos a Luis Fernando Azevedo García, de la Editorial Cara Parens (Universidad Rafael Landívar, Guatemala) la autorización para su publicación en este número de *Miscelánea Comillas* en homenaje al P. Pedro Morales Vallejo, SJ.

necesidad del desarrollo de competencias emocionales en esta población y en el profesorado en general. Finalmente, el capítulo de Elena Gismero destaca el papel del «cliente» como principal agente de cambio en la psicoterapia, algo que, *mutatis mutandis*, se podría predicar también de procesos educativos, en donde el alumno ha de ser el protagonista de su educación. Volvemos sobre este punto a continuación.

El foco que Pedro Morales pone en la necesaria renovación de la docencia y en el papel activo que el alumno debe jugar en su aprendizaje y en su construcción personal se vislumbra ya en algunos de los títulos de sus obras: *Evaluación y aprendizaje de calidad*, *Ser profesor: una mirada al alumno*, «¿Qué significa enseñar e investigar con calidad y equidad en la educación superior», «Nuevos roles de profesores y alumnos, nuevas formas de enseñar y de aprender», «El profesor en la era de las competencias, implicaciones para el profesor de una enseñanza centrada en el alumno», «Investigación e innovación educativa». Sin embargo, es en el desarrollo interior de esa doble temática donde mejor se aprecia cuál es su verdadero enfoque y la perspectiva esencial desde la que habla y escribe.

Resulta difícil rastrear de manera inequívoca cuáles son los ingredientes y determinantes por los cuales las personas llegan a ser en lo que finalmente se convierten. En la entrevista que se publica en este número a Pedro Morales, menciona al principio algunos aprendizajes concretos realizados en su etapa de formación y, más adelante, dice que de los múltiples intercambios por diversas universidades del mundo «quedan buenas amistades y buenos recuerdos», de una manera un poco más genérica. Quizá por ello sea algo osado decir, o no tanto, que las lecturas frecuentadas² especialmente en los momentos de vida universitaria y posteriores pueden marcar lo que uno llega a ser. Y ello, en primer lugar, porque cada uno selecciona las lecturas que quiere leer en función de sus intereses y objetivos personales y, en segundo lugar, porque lo leído e interiorizado puede provocar un cambio en nosotros. Véase en este mismo número de *Miscelánea Comillas*, sin ir más lejos, el excelente artículo de Nuccio Ordine, «Narrar y reír en el Renacimiento», en el

² Entresacamos algunos libros de la biblioteca personal de Pedro Morales, con el fin de mostrar algunas de sus lecturas en su etapa neoyorquina: *Summerhill*, de A.S. Neill, en una edición de 1960 con prólogo de Erich Fromm; *How Children Fail*, 1964, de John Holt, con un *Ex libris* en el que consta lo siguiente: PEDRO MORALES, 43-22 Ithaca St., Elmhurst, NY, 11373; *The Open Classroom*, de Herbert R. Kohl, 1969, con el mismo *Ex libris*; *Schools Without Failure*, de William Glasser, 1969; *All Our Children Learning*, de Benjamin S. Bloom, 1982; y el libro de Kaoru Yamamoto, titulado *Teaching*, de 1969, que tanto le ha inspirado en su formulación de los *efectos no pretendidos de la enseñanza y el aprendizaje*. Sirva este breve elenco para hacerse una idea de la orientación subyacente a los libros adquiridos.

que se analiza la función que las narraciones cómicas tuvieron durante esa época en el desarrollo y bienestar de las personas.

Una de las primeras publicaciones del profesor homenajeado, *Freire. Concienciación y andragogía*, escrita en colaboración con José I. Ruiz Olabuénaga y Manuel Marroquín (Morales, 1975), ya muestra inicialmente un marco en el que interpretar su concepción de la enseñanza y el aprendizaje:

Como en cualquier otro sistema, la filosofía de la educación dependerá de la filosofía que se tenga sobre lo que es y debe ser el hombre (p. 146).

Los métodos están en función de los objetivos, y los objetivos en función de la filosofía de la educación (p. 205).

«Enseñar a pensar» supone en el educador un esfuerzo grande. Esfuerzo para dar con el método y el ritmo adecuado; y esfuerzo para adoptar una actitud de diálogo con el educando que lleva a la problematización, a profundizar analíticamente los «por qué» (*sic*). [...] En cualquier caso, no hay educación de la libertad si no hay educación de la capacidad de reflexionar (p. 187).

Lo que en definitiva queremos indicar es que probablemente sea más eficaz proponerse, en primer lugar, un cambio en los objetivos docentes de tipo académico, que un cambio en los métodos. *Y un cambio tal en la formulación y control de los objetivos que condicione un tipo de aprendizaje diferente* (el subrayado es nuestro) (p. 206).

Nótese el orden decreciente de las concreciones: una concepción del ser humano, una filosofía de la educación, unos objetivos, unos métodos y una evaluación («control de los objetivos»), perfectamente alineados, que fuercen a un tipo de aprendizaje diferente que desarrolle la reflexión.

El cambio en la educación pasa por traer a la conciencia cómo se conceptualiza la función docente («cómo nos vemos como profesores», dice él) y el papel del alumnado («cómo vemos a nuestros alumnos»). La lectura del capítulo introductorio que Yamamoto (1969, obra citada en nota 2) dedica a la clasificación de lo que se enseña y lo que se aprende intencionada y no intencionadamente es el punto en el que se apoya Pedro Morales para desarrollar su concepción de lo que es ser un buen profesor. De las nueve áreas señaladas en el cuadro, se detiene especialmente en el área D (renombrada por él como área de las sorpresas), en la que confluyen la enseñanza y el aprendizaje no intencionados, donde se enseñan y aprenden cosas sin querer hacerlo de manera explícita. ¿En qué medida el profesorado es consciente de que podría convertir esta área de las sorpresas, y a veces de las ocasiones perdidas, en un espacio de creación de oportunidades para aprender? El mensaje de los efectos no pretendidos de la enseñanza debe abocar al docente a plantearse la cuestión de si estamos educando, deseducando o simplemente perdiendo el tiempo, es decir, a evaluarse de forma permanente con respecto al cumplimiento de su función. Para ser profesor hay que mirar al alumno,

pero no para quedarse extasiado en la observación del objeto percibido, sino para plantear y replantear la educación claramente a su servicio. Se trata de un descentramiento inicial del docente que toma como punto de partida y de llegada al alumno para luego retomar de forma activa su papel como profesor en la creación de oportunidades de aprendizaje. Es una mirada de ida y vuelta, que tiene como finalidad no el ensimismamiento del profesor, sino el crecimiento personal del educando.

¿Y cómo percibir a los alumnos? Como a personas normales, que sienten y se emocionan como todo el mundo, que se animan y desaniman como los demás, pero especialmente como personas dignas de confianza. En el texto que se reproduce más adelante, *Los trabajos académicos basados en lecturas* (Morales, 2018), sostiene que *nuestros alumnos son capaces*, incluso más capaces de lo que solemos pensar, por lo que es ineludible no dejarles en una especie de *subdesarrollo académico* para que descubran y pongan en juego sus capacidades académicas, para que no se queden en el nivel en el que están. Esta consideración hacia el alumno se aprecia también en sus explicaciones sobre el proceso de las expectativas y el efecto Pigmalión en el aula. De nuevo el impacto de las creencias del profesor en su propia conducta docente y, en consecuencia, en la motivación y aprendizaje de los alumnos. El profesorado debe hacerse consciente de que puede tener, en función de diversos datos de entrada, expectativas diferentes con respecto a estudiantes concretos, lo cual puede conllevar un trato diferencial para con ellos que a su vez afecte a su rendimiento y a su desarrollo personal. Los profesores pueden variar sus conductas docentes en función de sus altas o bajas expectativas con respecto a sus alumnos. El alumno es una persona del que cabe esperar en positivo y con esperanza, no es el enemigo a batir, lo que conlleva una actuación en consecuencia. Como concluye Pedro Morales en la entrevista realizada, «si queremos que nuestros alumnos sean campeones, tratémosles como campeones».

La pasión por educar reclama tener fe, si se quiere al menos la fe del pedagogo. Creer en el poder de la educación para introducir mejoras significativas en la vida de las personas y de las sociedades. Creer en los niños, en los jóvenes y en los sujetos en desarrollo como verdaderos agentes no exclusivos de su educación. Creer en uno mismo, educador, como colaborador necesario de ese cambio, con la tarea de incorporar a la persona en formación en una historia y en una cultura, con la convicción de que el ser humano no es el exclusivo maestro de sí mismo, de que es en alguna medida deudor de los que le han precedido y responsable también de la educación de los que vendrán tras él. Una fe educativa que, en el caso que nos ocupa, está enraizada en la fe cristiana vivida desde el compromiso como jesuita. Terminamos con

una referencia musical del cantante italiano Franco Battiato, quien en 1980 publica un álbum llamado *Patriots* en el que se encuentra la canción *Prospettiva Nevski*, que alude a la larga calle de San Petersburgo. En ella, entre otros versos, dice lo siguiente: «E il mio maestro mi insegnò com'è difficile trovare l'alba dentro l'imbrunire». Resulta difícil encontrar el alba dentro del anochecer, la luz en la oscuridad, el nacimiento o el renacimiento en el ocaso o en el fin. Difícil, pero posible. Quizá educar no sea otra cosa que encontrar el sentido, que renovar la propia visión del mundo y de sí mismo, algo a lo que ha contribuido notablemente con su vida y con su obra el profesor Pedro Morales Vallejo, SJ.